

de la teología de la revelación a la luz de las nuevas preocupaciones, reflexiones y elucubraciones de la exégesis y teología actual. Todos los nuevos aspectos y puntos de vista que se han vertido sobre la revelación aquí tienen amplia cabida y son presentados con erudición abrumadora.

Merece asimismo aprobación y elogios el criterio sólido y ponderado del P. Latourelle, no obstante su apertura a todas las preocupaciones e ideas actuales, en su obra prolija y hasta difusamente reflejadas.

Podrán ser discutibles algunas apreciaciones particulares, algún mayor favor dado a ciertos aspectos accidentales del problema, por el hecho de ser ellos muy del gusto actual. Mas no puede negarse que el autor construye muy buena teología de la revelación, dentro de la estricta ortodoxia y sólida teología.

No puede menos de recibirse con caluroso aplauso y recomendación una obra de tal amplitud científica, apta sobre todo por su pasmosa parte bibliográfica para poner a los estudiosos muy al día en tan fundamental problema.

T. URDÁNOZ, O. P.

A.-M. BESNARD, O. P.: *Le mystère du Nom* (Coll. «Lectio divina», 35). Ed. du Cerf. Paris, 1962.

La finalidad del volumen 35 de *Lectio divina* es la investigación del rico contenido teológico condensado en la expresión: «Invocar el Nombre del Señor». Expresión que se halla en la profecía de Joel: «Todo el que invocare el nombre del Señor será salvo» (3,5), y que el autor pone como subtítulo de la obra.

Esta fórmula no es sólo una expresión de la soteriología de la antigua Alianza, sino que resulta el lazo teológico entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. San Pedro se sirve de ella para proclamar la nueva economía de salvación (Act. 2, 21).

El nombre de Yahvé, el Señor, es el subtítulo noético de la misma Personalidad divina. Su invocación resume toda la religión, toda la fe de Israel. La presencia real de Dios está en el Nombre. Israel no tendrá, ni podrá tener, como otros pueblos figuras, efigies, emblemas. Tendrá el Nombre que el mismo Dios le ha revelado. La invocación del Nombre constituirá el medio natural para expresar su fe. La historia de la Revelación puede ser leída como la historia de la confluencia del nombre de Yahvé en los pueblos y en el corazón de los hombres, gracias al testimonio que de él ha dado Israel. Ya desde la revelación del Exodo, el Nombre es memorial, invocación y glorificación de Dios. Es su manifestación, la que supera a todas por su espiritualización; lo que después será el templo de Jerusalén como expresión material de su presencia y de su gloria.

Además de la expresión de la fe y del culto israelíticos del Nombre, el autor nos ofrece un profundo estudio del citado texto de Joel. Pone de relieve la importancia que el texto ha tenido en el N. T. y en el pensamiento cristiano. La comunidad primitiva es «la que invoca el nombre del Señor»; la invocación se halla al comienzo de toda vida cristiana: es la confesión de fe en Jesucristo resucitado, que el cristiano profesa en su bautismo. Es la que emplea el Apóstol

(Rom. 10,13), y de la cual expone sus valores teológicos. La revelación de Jesús ha hecho precisamente esto: Manifestar el Nombre de Dios a los hombres (Jo 17,26). Pero en la nueva Alianza ya no se trata de un nombre, sino de una Persona: Jesucristo. El, en su misma Persona y en virtud de su Pascua, puede llamarse la salvación por excelencia. El perfecciona y completa toda la religión del A. T. y, concretamente, de la profecía de Joel. Cualquier página del N. T. nos hace ver el cumplimiento de esta verdad en su divina Persona. En Jesucristo se nos ha dado todo el sentido, todo el conocimiento de Dios. Si antes el israelita, con la invocación del nombre de Jahvé, se dirigía a Dios, ahora lo hacemos «en el nombre de Jesús», gloria de Dios en medio de nosotros. En fin, la invocación del Nombre significaría la vida toda de la Iglesia, comunidad mesiánica y escatológica, y de cada uno de sus miembros.

Mediante estas afirmaciones, entre otras tantas de máximo interés, se ve cómo el libro tiende a poner de relieve un tema fundamental del A. T., y que tiene una conexión estrecha y un evidente influjo sobre el Nuevo.

El tema, que ya tenía algunos estudios en lengua alemana, ahora se pone al alcance de un mayor número de lectores, que se aprovecharán del profundo sentido bíblico del *Nomen Domini*. Los estudiosos no dejarán de hallar en él puntos de vista muy útiles. Si el autor se hubiera decidido a redactar un índice de los textos citados, esta utilidad hubiera aparecido todavía más palpable.

R. DÍAZ CARBONELL, O. S. B.

HENNING GRAF REVENTLOW: *Wächter über Israel. Ezechiel und seine Tradition* (Beihfte zur Zeitschrift für die Alttestamentliche Wissenschaft, 82). Verlag Alfred Töpelmann, Berlín, 1962. 160 x 240 cm., 172 págs.

El libro que presentamos es un trabajo, refundido y abreviado, que fue llevado por el autor a la Facultad de Teología de la Universidad de Kiel, en enero de 1960, como tesis de habilitación.

La introducción tiene como título «la tradición profética». La cuestión de la tradición profética en Israel, tan actual hoy como siempre, equivale —dice el autor— a la cuestión de la relación entre los Profetas y la Ley de su pueblo o Pentateuco. Los investigadores más caracterizados de nuestro siglo han cambiado esta relación: en efecto, se considera primeramente no la Ley o Pentateuco, sino los grandes individuos, las personalidades extáticas, inspiradas por la divinidad, que contemplan y manifiestan, en imágenes poéticas, cosas inauditas sobre Dios y el mundo. Afirma que las posturas hasta ahora clásicas en torno a estos problemas deben ser examinadas a fondo; v. gr., alude en concreto a la antigua antítesis entre lo «cultural» y lo «moral». Hoy los Profetas son vistos de otra manera. Sin embargo, añade, sería interesante conocer algo más sobre la misión profética, para lo cual el estudio de la historia de las formas —ya muy desarrollado en torno al Pentateuco— debería ser estimulado en la investigación profética. Una de las figuras más prometedoras en este sentido es Ezequiel. Es digno de notar que en él su enraizamiento en las tradiciones sagradas y en las reglas del culto no supuso ningún inconveniente para su formación ético-religiosa